

Balbino Dávalos y Amado Nervo, distantes simetrías

GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

Para Regina y Rodolfo, almas paralelas

En su infancia Balbino Dávalos (1866-1951) y Amado Nervo (1870-1919) conocieron el mismo mar, el Pacífico. Niños aún, se alejaron de sus respectivas costas colimenses y nayaritas para transitar por diversos ritos de pasaje seminarístico que dejaron huellas indelebles en sus personalidades y obras literarias. Ambos adolescentes naufragaron en sus vocaciones religiosas y se asieron a la única tabla humanística que conciliaba, remotamente, sus pasiones letradas con los apremios familiares para que se establecieran en sociedad: la abogacía¹.

De los dos escritores en ciernes, Dávalos llegó primero a la ciudad de México para estudiar en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Corrían los años del segundo cuatrienio de Porfirio Díaz, ganado por mayoría absoluta el 25 de septiembre de 1884 con 15 766 votos. El nombre de su padre —Bibiano Dávalos, jefe político del territorio de Baja California durante la última presidencia juarista— le brindó

¹ Amado Nervo no concluyó los estudios de Derecho que inició en el Seminario de Zamora. Luego de cursar el primer año en 1889, el Seminario clausuró la carrera de Leyes.

oportunidades al imberbe abogado y futuro diplomático de carrera, las cuales fueron escasamente capitalizadas. Su apuesta vital estaba en el otro extremo de la balanza, pero su formación académica, religiosa y seglar conformaron una disciplina clásica perdurable. “No hay que olvidar —dirá con el tiempo Rubén Darío— que sobre todo, en este noble espíritu se manifiesta siempre el ‘scholar’ ” (mar 1910 46).

Los primeros poemas de Dávalos —publicados en la ciudad de México a partir de 1890 y aún sin recogerse al igual que su reducida labor periodística— le ganaron el respeto inmediato de quienes serían sus futuros cofrades en la Revista Moderna. De aquellos años previos a la polémica que, en 1893, impulsará la gestación paulatina de dicha publicación, José Juan Tablada dejó una semblanza invaluable: “¿Te acuerdas, Balbino, de aquella mesa de redacción improvisada? ¿Has olvidado la turbia cancela que separaba nuestro umbroso recinto de la aristocrática calle? ¿Haces memoria de Rábago, que fabricaba un volumen de sprit en media hora de anecdótica charla; de Leduc, refiriendo su vida de ‘a bordo’, contando la locura de Maupassant, o enseñándonos sus autógrafos de Pierre Loti y de Barrés? ¿Te acuerdas del gosse Olaguíbel, improvisando en argot como un fort en gueule rabelesiano?” (mar 1904 432)².

Como pocos modernistas mexicanos, Dávalos apostó desde su juventud por una obra ceñida a sus principios más entrañables: la decantada labor parnasiana de Gautier, a quien tradujo con cierta frecuencia, y la exquisita rigurosidad de Heredia, cuya poesía respetó hasta el grado de no verterla al español. Prosista escaso, Dávalos versificó su “Arte poética”, en cuyas estrofas centrales afirmó con desenfado:

² La primera edición de este artículo, “Diez semblanzas. Los artistas literarios, Balbino Dávalos”, apareció en *El Siglo XIX* 7 oct 1893: [1]. Posteriormente Tablada lo utilizó para la “Máscara” de Dávalos en *Revista Moderna de México*, versión que cito.

Suelo escribir mis versos
raros de forma y fondo,
gracias a los esfuerzos
que bajo el arte escondo.

Escrupulosamente
busco el curioso efecto
de lo que mucha gente
juzga vulgar defecto.

En fina rima arrimo
vocablos caprichosos;
mas siempre los combino
en grupos sentenciosos.

Ahíto de prosodias
y métricas exiguas,
imbéciles custodias
de prácticas antiguas,

aligero la idea
de trabas y recato,
y cuando culebrea
lírico el arrebato,

cantan las asonancias
hábilés sinfonías,
bailan las consonancias
con las cacofonías.

(1909 155-156)

Acaso por la parquedad de Dávalos, sus contemporáneos se mantuvieron siempre atentos al avance de su obra. En un recuento de 1893, Tablada sostuvo que los poemas y traducciones de Balbino, más éstas que aquéllos, cabrían en "las 200 páginas de un Elzevir, o en las 80 de

un Aldo" (mar 1904 432). Cinco años después, *Ciro B. Ceballos* volvió a estimar aquella obra exigua: "podrá caber holgadamente en las cien páginas de un volumen *Lotus-Bleu* de la colección *Guillaume* o en las doscientas de un *Lemerre* [...] *Labores tan quintaesenciadas como la de Balbino Dávalos*, sólo son aquilatadas aquí, en su mérito intrínseco, por un selecto y reducidísimo número de amigos o admiradores", y añadió al balance: "Balbino comprendió que su atinadísima percepción artística iba a cristalizarse en todas las manifestaciones de la belleza, y con sus manos drúidicas levantó la custodia de los unguentos, y en sus manos drúidicas, esa custodia fue algo como un sol apocalíptico, y sus diamantes y sus topacios, flammescieron con radiaciones episcopales" (julio 1898 10).

El lenguaje paralitúrgico en el texto anterior, cifrado en las estéticas decadentistas y diabolistas, obliga a trazar algunas líneas sobre la actuación destacada de Dávalos en la génesis mexicana del verbo simbolista. Desde la perspectiva del ascenso de la segunda promoción modernista y el surgimiento moroso de la *Revista Moderna*, poco se ha escrito sobre el avance del simbolismo en la penúltima década del diecinueve mexicano. Menos aun se ha estudiado el coprotagonismo de Dávalos en la fundación de la más perdurable de las publicaciones modernistas mexicanas. Cuando mucho se le reconoce por haber anotado la primera referencia sobre la *Revista Moderna*, escrita en la dedicatoria del poema "Preludio", publicado el 8 de enero de 1893 en la sección literaria de *El País*, "periódico de fugaz vida que *Jesús Rábago*, en unión del licenciado *Joaquín Escoto* había fundado con exclusivos propósitos políticos", según recuerda *Tablada* en *La feria de la vida* (1991 298). La redacción de dicho suplemento fue responsabilidad de *Francisco M. de Olaguíbel*, *Alberto Leduc*, *Dávalos* y el propio *Tablada*. Desconcertantemente, el autor de "Misa negra" omite decir que su poema apareció en *El País* junto con el antes citado de Dávalos. Creo que desde otra óptica, menos crédula del protagonismo memo-

rioso de *Tablada* y con mayor interés en el quehacer de las comunidades literarias —auténticos caballos de Troya—, debería reescribirse aquel pasaje fundacional del simbolismo mexicano. Por ello, no coincido con Héctor Valdés cuando afirma: “‘Preludio’ [...] no tendría más importancia que otros poemas de la época que eran muestras del ‘decadentismo’ si no fuera porque está dedicado a la *Revista Moderna* en un momento en que *Tablada* aún no hablaba de ella públicamente: lo hará después, el 15 de enero de ese año” (1987 xx). Por el contrario, atentos al reconocimiento de sus contemporáneos y a la revaloración actual de figuras escasa o sobradamente leídas —Dávalos y Nervo como casos paradigmáticos—, debe considerarse que en la gestación del simbolismo mexicano el talento de Dávalos aportó poemas propios y versiones de autores fundamentales para el canon modernista. No deja de ser significativo que el autor de “Preludio”, consciente del hito que había marcado en la poesía mexicana, conservara la fecha de escritura del poema —5 de enero de 1893—, por lo menos en dos ediciones de *Las ofrendas*³, único libro en el que, a la manera de *Los trofeos*, recogió su poesía.

Lejos de la poética reconcentrada de José María de Heredia que Dávalos llevó a sus últimas consecuencias para forjar *Las ofrendas*, Nervo siguió el camino opuesto: desde su estancia periodística de poco más de dos años en Mazatlán —septiembre de 1892 a junio de 1894—, versificó demasiado, tal vez más de lo que requería el aprendizaje de la nueva poesía. Con el tiempo lamentaría su suerte de galeote en las prensas periódicas: “He hecho innumerables cosas malas en prosa y verso, y algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras [...] Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico. De todas las cosas que más me duelen,

³ Las portadillas de los ejemplares que utilizamos indican dos ediciones de la misma obra en 1909: la segunda y tercera. Las referencias son un tanto desconcertantes porque se desconoce el lugar y fecha de la primera publicación.

es esta la que me duele más: el libro breve y precioso que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único” (1991 II: 1065).

No sólo la obra nerviana es considerablemente mayor que la de Dávalos, también lo fueron sus tiempos y caminos de escritura. Diez años después que aquél, en julio de 1894, Amado Nervo llegó a la ciudad de México procedente de Mazatlán. Con unas cuantas monedas en los bolsillos y su experiencia periodística en El Correo de la Tarde, el recién llegado se abrió paso por las redacciones de los diarios. En aquel año, la vida literaria derrochaba esplendores en multitudinarios tés, algunos de ellos organizados en casa del músico Alberto Michel, donde Nervo conoció al “todo México” de la última hora: Manuel Gutiérrez Nájera, Ángel de Campo, Jesús E. Valenzuela, entre “éste o aquel poeta cuyas producciones leyerá con delectación en lejana provincia” (1991 II 9). Con esta calculada imprecisión de sus orígenes, al ingresar como cronista de El Nacional, Nervo dio inicio a las veinte “Semblanzas íntimas” de sus penates metropolitanos, confesando en varias viñetas su condición de provinciano atolondrado a ratos. Aquella galería temprana —sin duda bastante complaciente e ingenua, a pesar de que estos lunares se propusieran como dote textual de una capacidad de asombro coherente con el ánimo de extranjería del cronista— posee, no obstante, páginas bien escritas que preludian tantas otras, magistrales, del arte retratístico en la prosa de madurez.

Una de aquellas prosas nervianas resuelta con gracia y seguridad en el trazo del personaje es la semblanza sobre Dávalos, publicada el 5 de mayo de 1895. Nervo propone un doble retrato moral del escritor. El primero, teñido de decadentismo, se asocia con la vida bohemia de los cofrades modernistas. El leitmotiv de la prosa es el “Miserere” de Verlaine, traducido y declamado por Dávalos en el gabinete de un restaurante metropolitano, escena digna de Rubén M. Campos en El bar. La contraparte de la semblanza es la evocación del maestro generoso que comparte con el escritor novato lecturas y confidencias estéticas y,

al mismo tiempo, el padre amantísimo de una hija seráfica: “La voz de golondrina de la niñita rubia —recordaba Nervo— hacía coro a nuestras conversaciones [...] Entonces las ideas fúnebres que despertara en mi espíritu el ‘Miserere’ no aleteaban en rededor mío; hallaba que la fisonomía del poeta, más que de tristezas del pasado hablaba de legítimas esperanzas para un porvenir no lejano” (1991 II 25). El remate de aquel texto, “Balbino Dávalos es instruido; más aún: tiene talento; más aún: es bueno”, dio paso a una amistad sólida que Nervo refrendará en breve con la dedicatoria del poema “Bizantina”, publicado el 23 de junio de 1895 en la Revista Azul. Entre esa fecha y el inicio del siglo XX, los amigos vivieron los años áureos de su amistad en la redacción de la Revista Moderna, instalada en la suntuosa casona que Jesús E. Valenzuela decoró con derroche en la esquina de Bolívar y Madero.

En aquel México de contados triunfos fulgurantes por las condiciones de un horizonte cultural reducido a la prensa periódica, a los tirajes mínimos de libros, a la bohemia como otra forma de sobrevivencia ética y estética; en aquel México —en fin— dependiente de la dramaturgia extranjera, Nervo fue ovacionado repetidamente el 14 de octubre de 1899 en el estreno de Consuelo, su polémica zarzuela⁴. Pero ni este lauro ni la publicación inmediata de El donador de almas atenuaron esa “sed insaciable de algo que no llegaba”, como definió Rubén M. Campos al spleen nerviano. Para conjurar a ese demonio tan fin de siglo, Amado teatralizó un suicidio en la oficina de su jefe a principios de 1900:

⁴ Desafortunadamente la obra sigue perdida, a pesar de las noticias y reclamos de Francisco González Guerrero en 1951. En su crónica dominical del 22 de octubre de 1899, Nervo dejó una nota sobre su única aventura por los tabladros (1991 I 1027-1028).

—Rafael, vengo a despedirme de ti.

—¿Pues a dónde vas?

—Me voy a suicidar.

[Reyes Spíndola] estupefacto, lo miró largamente y le dijo, poniéndole una mano en el hombro:

—Y qué te parecería si en vez de irte a suicidar te fueras a Europa (Campos mayo 1936 [19]).

Dos años después, Nervo regresó furtivamente de París del brazo de Ana Cecilia Dailliez. Aquella relación tortuosa que nunca pudo ser sancionada por ley alguna cambió para siempre la vida y las amistades del otrora mundano escritor. A partir de entonces, Nervo se recluyó en una "ofensiva reserva" que Dávalos le reclamaría en carta de 1912, después del fallecimiento de la Amada Inmóvil.

Aquel distanciamiento será el signo constante de la relación epistolar que Dávalos y Nervo sostienen desde 1910 hasta 1913, trienio en el que viven la apoteosis centenarista y el derrumbe estrepitoso del régimen que impulsó sus carreras diplomáticas.

De nuevo, Dávalos había tomado la delantera. En 1897 ingresa en calidad de oficial segundo de la Secretaría de Relaciones Exteriores; no recibe comisión alguna en el extranjero hasta septiembre de 1905; un par de meses antes, se inicia también la trayectoria diplomática de Nervo. Éste partió para la Legación de Madrid; aquél, para la embajada de Washington. En abril de 1909 se encontraron en la capital española, a propósito de la segunda edición de Las ofrendas. Para celebrar aquel "libro único" que hubiera querido escribir —y que Balbino le dedicó en parte—, Nervo, más cauto en su papel de amante sigiloso que como diplomático ocasionalmente indiscreto, abrió las puertas de su piso de Bailén 15 a un círculo estrecho de amistades peninsulares.

Este rimero de cartas, dictadas más por las urgencias diplomáticas y los apremios editoriales de Balbino que por la conversación soledosa de dos amigos ocasionalmente distantes, se abre en febrero de 1910.

En calidad de encargado de negocios ad interim, Dávalos llega a Portugal al mes siguiente, hastiado de brumas londinenses y de ventiscas diplomáticas en los Estados Unidos. Busca sol y reposo. Encuentra una Legación devastada y una lengua y literatura cautivadoras. Reorganiza aquélla y se sumerge en la cultura lusitana. “Púseme a coleccionar curiosos datos —recordará el apasionado políglota en 1930—; a requerir contrastes en conversaciones y lecturas; a acumular citas de añejas y recientes autoridades; a reunir, en suma, cuanto a mano venía [...] me alelaba con su dulzura aquel idioma, ya no de Camoens, ni aun de Herculano, sino de Castello-Branco, Guerra Junqueiro, Eugenio de Castro, o sus anteproximos o coetáneos, y sus diversas o anti-téticas significaciones con respecto al castellano, me cosquilleaban sabrosamente la curiosidad” (1930 8).

Alucinado por su “alucinante Lusitania”, Dávalos descuida su amistad con Nervo, lo utiliza como agente editorial —profesión honoraria que más de un compatriota le adjudica desde su arribo a España— y, sutilmente, le recrimina que nunca lo visitara en Lisboa. A vuelta de correo con Federico Gamboa, el amigo ofendido se quejará de las “asperezas” de Balbino; pero la amistad aún no naufraga, aunque el viejo régimen se vaya a pique y con él la tentativa democrática maderista. En la última carta (12 de abril de 1913), Dávalos exhibe la presbicia de los diplomáticos porfiristas, incapaces de ver más allá del país que temen perder tanto como su relativamente privilegiado status quo: “Estarás como yo más tranquilo por las cosas de México. Creo sinceramente que las rudas lecciones recibidas harán entender a nuestra gente la imperiosa necesidad de orden y sosiego. Por lo que toca a la trágica aniquilación del maderismo, ¡Dios sea loado!”

El cierre de esta correspondencia no puede ser más emblemático. A escasas semanas del fusilamiento de Francisco I. Madero, aquel “funestísimo demente a quien la imbecilidad popular convirtió en héroe de un día”, el juicio lapidario de Dávalos intenta conjurar los demonios

del “edén subvertido”, desde la calma chicha de una Legación huertista situada en la otra orilla del Atlántico. Pronto, el vendaval de la revolución armada arrastraría a Dávalos por Europa. “Trashumante luego, de la moribunda Rusia a la entonces todavía ensoberbecida Alemania; de allí a Suecia, Inglaterra, que sé yo... —en semejante desorientación por medio mundo—, qué papeles ni qué propósitos ni qué esperanzas no naufragarían en lo insondable de la desilusión y el desaliento” (1930 9).

No podemos ser indiferentes al hecho de que Balbino Dávalos nunca supiera que Amado Nervo, el amante inmóvil de Bailén 15, conservó estas cartas para arrojarlas al océano de la posteridad. Debemos a Alfonso y Alicia Reyes la botella que ahora nos las devuelven.

